do á no ser por la labor del general Arteche, quien al dar por terminada su obra y sentado á meditar sobre sus ruinas, según la frase de Núñez de Arce, al dirigir su vista al pasado, al comprender la obra realizada, al ver la ofrenda á su madre España, el cantor de las glorias de Tarragona y Astorga verá su nombre unido al vencedor de Bailén, al del defensor de Zaragoza, al del hijo de las montañas corsas, porque aun siendo grandes sus hazañas, si no hubiera hombres como Arteche ¿quien las conocería? moriría su recuerdo como su vida, si no hubiera un Arteche que les condujera á la inmortalidad perpetuando sus hechos y entrelazando sus nombres con el del cantor de sus glorias.

ANGEL DE GOROSTIDI.

CUESTIONES BÍBLICAS

II

GIGANTES

La sagrada Escritura en diversos lugares habla de gigantes ú hombres corpulentísimos, de seres humanos de extraordinaria estatura. (Gen. VI, 4.—Núm. XIII, 32-34.—Deut. II, 20-21.) Del guerrero y rey de Basán, denominado Og, dice que tenia un lecho de hierro que medía nueve codos de largura y cuatro de anchura, tomando por tipo el codo de un hombre. (Deut. III, 11.) Y del filisteo Goliath, cuya celebridad es notoria en el mundo civilizado, afirma que tenía de altura seis codos y un palmo; el cual traía un almete ó morrión de acero en su cabeza, estando vestido de unas corazas ó planchas que pesaban cinco mil siclos de metal ó sea más de seis arrobas, y sobre sus piés llevaba grebas ó botas de cobre y un escudo de acero en sus hombros; el asta de su lanza, finalmente, era como un enjullo de tejedores y el hierro de la lanza tenía seiscientos siclos de hierro ó diez y ocho libras próximamente. (1 Reg. XVII, 4-7.) ¡Qué hombrón y cuan fornido no debió pues ser este gigante! Los naturalistas empero en odio á la Religión

revelada y por espíritu de oposición sistemática á todo lo que tenga sabor bíblico, niegan la existencia de gigantes; pero porque les merecen fé la Historia profana y los hechos contemporáneos, nada más fácil que probarles por estos medios hasta la evidencia la parte afirmativa de la Biblia.

En efecto, escritores tan preclaros y verídicos como Plinio (en su Historia Natural, lib. 7, cap. 16). Plutarco (en la Vida de Sertorio), San Agustín (en la Ciudad de Dios, lib. 15, cap. 9), Habicot (en su Gigantelogía), y otros, nos atestiguan de un modo indubitable haber habido en diversos tiempos y lugares seres humanos de variadas y colosales dimensiones. Aduciré algunos casos. Plinio, en su obra dicha, cuenta que un tal Gabbarin que vivió en Roma bajo el imperio de Claudio, alcanzó nueve piés y nueve pulgadas de altura, y que otro denominado Nevio Polión había sobrepujado en un pié entero á los hombres de la mayor estatura habidos en aquella época. Habicot en su obra citada refiere haberse hallado unos huesos con la inscripción de Teutoboco, rey de los Teutones, los cuales (huesos) tenían veinte piés de longitud. Y según publicaron los periódicos ingleses, en el año 1719 fué hallado en aquel reino cerca de la ciudad de Salisbury un cadáver de nueve piés y cuatro pulgadas de largo. Concedo de buen grado que el cadaver del gigante Atis, hallado por Sertorio, segun cuenta Plutarco en su libro mencionado, no tuviera sesenta codos como se dice; y que tampoco otro cuerpo humano que, á causa de un terremoto se halló en una montaña de la isla de Creta, alcanzara cuarenta y seis codos, como escribe Plinio en su libro susodicho; supongamos también finalmente, salvo el grandísimo respeto que se debe á San Agustín, que el fenomenal diente que vió este santo en Utica no fuese como cien dientes humanos juntos, según afirma él, ó que lo fuera de algún animal, que todo cabe; pero así todo, aparte de alguna exageración ó equivocación que darse puede en determinados casos, es imposible negar la existencia de gigantes en términos absolutos, según debe colegirse de la ciencia y veracidad de los escritores, testigos oculares muchos y auriculares otros, de los hechos que en la materia narran con los más minuciosos detalles y circunstancias todas; como así mismo debe inferirse de los repetidos casos contemporáneos, innegables por ende é indubitables.

Tal es, entre otros, el que presenciábamos años atrás en la persona del corpulento guipuzcoano llamado Joaquín Eleicegui, y *Alzo-ko*

aundiya por antonomasia, el coloso de Alzo, por ser esta pequeña villa rural, poco distante de Tolosa, la en que nació el 10 de Julio de 1818 en el caserío *Ipintza-zarra* y murió el 20 de Noviembre de 1861, es decir, á los 43 años y cuatro meses de edad. En el apogeo de su desarrollo físico, que fué desde los 22 á los 25 años de su existencia, alcanzó *dos metros y treinta centímetros* de longitud por *dos y cuarenta y tres* de latitud (extendidos los brazos), con un peso de *diecisiete* arrobas y *diecisiete* libras españolas, sin haber sido nunca obeso, no obstante su apetito voraz que sin inconveniente alguno le hacía engullir una arroba de *sagardua* al día y proporcionalmente los manjares. A los 18 años de su edad fué cuando comenzó á llamar la atención de todas las gentes por los lugares de su tránsito, particularmente en la industrial villa de Tolosa, á donde conducía carros de leña y los descargaba de piés con toda holgura, sin subir á ellos al uso de los boyeros. Pronto se hizo célebre nuestro gigante en toda España y aún en una gran parte de Europa, como que por consejo y en compañía de unos explotadores suyos, al principio, y de la de sus allegados en segunda excursión, visitó Bilbao, Barcelona, Pamplona, Zaragoza y otras poblaciones principales de esta nación, Portugal, Francia é Inglaterra, al efecto de recaudar dinero; exhibiéndose y causando admiración á cuantos deseaban verle, incluso las familias reales de las expresadas naciones, que no desdeñaron de solicitar la presentación del fenomenal bascongado en sus magníficos palacios. Invitado también, y con no poca insistencia, á que se dirigiera á las Américas, siempre lo rehusó por temor á las incomodidades del viaje por mar en camarotes demasiado reducidos para su colosal estatura. En una de sus excursiones dichas por la Gran Bretaña, convocado á cierta reunión propúsosele en ella, inopinadamente, casamiento con una inglesa, corpulenta poco menos que él, y con aquel candor y modestia propios de nuestros jóvenes caseros *(baserritar mutillak),* por toda respuesta dijo á su padre, que á la sazón le acompañaba, *Alzo-ra goazen, aita:* padre, vámonos á Alzo. Palabras concisas pero muy significativas por cierto, que revelan la honestidad de las costumbres de los euskaldunas no degenerados. Añadiré otro detalle en confirmación de la mucha altura del gigante coterráneo nuestro. Católico práctico como era, iba con relativa frecuencia al santo tribunal de la penitencia, y su confesor, que ordinariamente fué D. Ignacio de Odría, párroco de Ibarra, de talla más que regular, veíase necesitado á ponerse de piés teniéndole

arrodillado al gigante, costándoles aún así harto trabajo el tal ejercicio. Digo, finalmente, que muerto el coloso guipuzcoano y colocado su fenomenal cadáver en una monstruosa caja, en el pequeño trayecto de siete minutos que media entre la casa mortuoria y el cementerio, hallaron no pocas dificultades los ocho hombres que se emplearon en la conducción del extinto. Réstame advertir que en prueba de la verdad de mis asertos acerca de este gigante me remito al testimonio de los que le conocieron, le trataron y todavía sobreviven; á los delineamientos que de su estatura existen en uno de los frontones del pórtico de la iglesia de San Salvador de Alzo; al vestuario y otras prendas que usó el difunto, parte de los cuales se conservan en dicho caserío de *Ipintza-zarra* y parte en la Excma. Diputación de Guipúzcoa, para memoria de su fenomenal hijo.

Es pues de todo punto imposible negar que hayan existido gigantes, y de los conocidos en los últimos tiempos debe deducirse lógicamente la verdad de los mencionados en las santas Escrituras, toda vez que, aún prescindiendo del carácter divino de éstas ó su inspiración de lo alto, los autores de las mismas son tanto ó más dignos de ser creídos que los escritores profanos, así por la mayor sencillez é ingenuidad en la narración de los hechos como por la notoria é innegable probidad, veracidad y virtudes de ellos.

Podría reforzar el argumento empleado en pró de la existencia de gigantes, pero lo omito por innecesario.

BLAS PRADERE, *pbro.*